



Hablamos con el Señor 21 de diciembre

En la espera con María

*La Virgen sueña caminos,
está a la espera*

*La Virgen sabe que el niño,
está muy cerca*

*De Nazaret a Belén hay una senda
Por ella van los que creen, en las
promesas*

*Los que soñáis y esperáis,
la buena nueva*

*Abrid las puertas al Niño,
que está muy cerca*

*El Señor, cerca está; él viene con la paz
El Señor cerca está; él trae la verdad*

La santidad a la que el Señor nos llama tiene unas formas espirituales de ser y de vivir. Y el Papa en su carta “Alegraos y regocijaos” nos indica algunas de estas experiencias que hacen visible la santidad en nuestro mundo.: **el aguante, la paciencia y la mansedumbre.**

Súplica:

Señor hoy te suplico: Dame aguante, paciencia y fortaleza.

112. La primera de estas grandes notas es estar centrado, *firme en torno a Dios* que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: «*Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*» (Rm 8,31). Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo. A partir de tal *solidez interior*, el testimonio de santidad, en nuestro mundo acelerado, voluble y agresivo, está hecho de *paciencia y constancia en el bien*. Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios también puede ser fiel frente a los hermanos, no los abandona en los malos momentos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene al lado de los demás aun cuando eso no le brinde satisfacciones inmediatas.

Señor ilumina estas preguntas que ante ti me hago:

¿Reconozco que estoy en las manos de Dios?

¿Soporto, llevo las contrariedades de la vida o me vencen?

¿A pesar de las dificultades me mantengo en el bien?

¿Abandono a otros en los malos momentos?

113. San Pablo invitaba a los romanos a no devolver «a nadie mal por mal» (*Rm* 12,17), a no querer hacerse justicia «por vuestra cuenta» (v.19), y a no dejarse vencer por el mal, sino a vencer «al mal con el bien» (v.21). Esta actitud no es expresión de debilidad sino de la verdadera fuerza, porque el mismo Dios «es lento para la ira pero grande en poder» (*Na* 1,3). La Palabra de Dios nos reclama: «Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad» (*Ef* 4,31).

Señor he caído en la amargura, la ira, los enfados, insultos...?
¿He vencido el mal con el bien?

114. Hace falta luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que se arraiguen: «Si os indignáis, no lleguéis a pecar; que el sol no se ponga sobre vuestra ira» (*Ef* 4,26). Cuando hay circunstancias que nos abruma, siempre podemos recurrir al ancla de la súplica, que nos lleva a quedar de nuevo en las manos de Dios y junto a la fuente de la paz: «Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones» (*Fip* 4,6-7).

Cómo actúo ante las circunstancias que me abruma?
¿Pienso de forma agresiva o egocéntrica?
¿Llego a la súplica para alcanzar la paz de Dios en mi corazón?

115. También los cristianos pueden formar parte de redes de *violencia verbal* a través de internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digital. Aun en medios católicos se pueden perder los límites, se suelen naturalizar la difamación y la calumnia, y parece quedar fuera toda ética y respeto por la fama ajena. Así se produce un peligroso dualismo, porque en estas redes se dicen cosas que no serían tolerables en la vida pública, y se busca compensar las propias insatisfacciones descargando con furia los deseos de venganza. Es llamativo que a veces, pretendiendo defender otros mandamientos, se pasa por alto completamente el octavo: «No levantar falso testimonio ni mentir», y se destroza la imagen ajena sin piedad. Allí se manifiesta con descontrol que la lengua «es un mundo de maldad» y «encendida por el mismo infierno, hace arder todo el ciclo de la vida» (*St* 3,6).

Señor, reconozco que estoy en un ambiente de violencia verbal, violencia en las palabras.
¿Al acercarme a la realidad he difamado o he calumniado?
¿Defiendo el derecho a la fama de todos y la verdad de lo que sucede, sin dejarme llevar de mis intereses?

116. La firmeza interior que es obra de la gracia, nos preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social, porque la gracia aplaca la vanidad y hace posible la mansedumbre del corazón. El santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata, porque no se cree digno de ser duro con los demás, sino que los considera como superiores a uno mismo (cf. *Flp* 2,3).

Señor, ¿me conformo en lamentar los errores de otros y en condenarlos?

¿Qué actitudes internas y externas tomo ante los errores de otros?

117. No nos hace bien mirar desde arriba, colocarnos en el lugar de jueces sin piedad, considerar a los otros como indignos y pretender dar lecciones permanentemente. Esa es una sutil forma de violencia.

San Juan de la Cruz proponía otra cosa: «*Sea siempre más amigo de ser enseñado por todos que de querer enseñar aun al que es menos que todos*». Y agregaba un consejo para tener lejos al demonio: «*Gozándote del bien de los otros como de ti mismo, y queriendo que los pongan a ellos delante de ti en todas las cosas, y esto con verdadero corazón. De esta manera vencerás el mal con el bien y echarás lejos al demonio y traerás alegría de corazón. Procura ejercitarlo más con los que menos te caen en gracia. Y sabe que si no ejercitas esto, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella*».

Señor, que me alegre con el bien de los otros; que nunca considere a los otros como indignos.

118. La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones. Sin ellas no hay humildad ni santidad. Si tú no eres capaz de soportar y ofrecer algunas humillaciones no eres humilde y no estás en el camino de la santidad. La santidad que Dios regala a su Iglesia viene a través de la humillación de su Hijo, ése es el camino. La humillación te lleva a asemejarte a Jesús, es parte ineludible de la imitación de Jesucristo: «Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas» (1 *P* 2,21). Él a su vez expresa la humildad del Padre, que se humilla para caminar con su pueblo, que soporta sus infidelidades y murmuraciones (cf. *Ex* 34,6-9; *Sb* 11,23-12,2; *Lc* 6,36). Por esta razón los Apóstoles, después de la humillación, «salieron del Sanedrín dichosos de haber sido considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús» (*Hch* 5,41).

Señor, ¿he sufrido o sufro humillaciones?

¿Qué sentimientos , me provocan las humillaciones en mi interior?

¿cómo reacciono ?

119. No me refiero solo a las situaciones crudas de martirio, sino a las humillaciones cotidianas de aquellos que callan para salvar a su familia, o evitan hablar bien de sí mismos y prefieren exaltar a otros en lugar de gloriarse, eligen las tareas menos brillantes, e incluso a veces prefieren soportar algo injusto para ofrecerlo al Señor: «En cambio, que aguantéis cuando sufrís por hacer el bien, eso es una gracia de parte de Dios» (1 P 2,20). No es caminar con la cabeza baja, hablar poco o escapar de la sociedad. A veces, precisamente porque está liberado del egocentrismo, alguien puede atreverse a discutir amablemente, a reclamar justicia o a defender a los débiles ante los poderosos, aunque eso le traiga consecuencias negativas para su imagen.

120. No digo que la humillación sea algo agradable, porque eso sería masoquismo, sino que se trata de un camino para imitar a Jesús y crecer en la unión con él. Esto no se entiende naturalmente y el mundo se burla de semejante propuesta. Es una gracia que necesitamos suplicar:

”Señor, cuando lleguen las humillaciones, ayúdame a sentir que estoy detrás de ti, en tu camino”

Leo los dos números anteriores y repito la súplica anterior ..

121. Tal actitud supone un corazón pacificado por Cristo, liberado de esa agresividad que brota de un yo demasiado grande. La misma pacificación que obra la gracia nos permite mantener una seguridad interior y aguantar, perseverar en el bien «aunque camine por cañadas oscuras» (Sal 23,4) o «si un ejército acampa contra mí» (Sal 27,3). Firmes en el Señor, la Roca, podemos cantar: «En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» (Sal 4,9). En definitiva, Cristo «es nuestra paz» (Ef 2,14), vino a «guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,79). Él transmitió a santa Faustina Kowalska que «*la humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina*».

Entonces no caigamos en la tentación de buscar la seguridad interior en los éxitos, en los placeres vacíos, en las posesiones, en el dominio sobre los demás o en la imagen social: «Os doy mi paz; pero no como la da el mundo» (Jn 14,27).

Señor ¿dónde pongo mi seguridad interior?